

## ACTO SEGUNDO

Sala en Bamberg.

OBISPO y ADELAIDA juegan al ajedrez.—LIEBETRAUT tañendo una guitarra.—DAMAS y CORTESANOS escuchándole en torno de la chimenea.

LIEBETRAUT. (Canta y toca.)

Con arco y con flechas  
Volando Cupido  
Su tea blandió,  
Victorias buscando,  
Tormentas celando,  
La guerra emprendió  
Va va  
Ya ya  
Los ojos ardiendo  
Las armas crujiendo  
Sus alas tendió.

¡Ay, Dios! indefensos,  
Los pechos cogía:  
Tómanlo en sus brazos  
Todas á porfía;  
Él dentro del fuego

Sus flechas lanzaba,  
Y una le mecía  
Y otra le besaba.

¡Hei ei ó! Popeyo (1).

ADELAIDA.—No, no atendéis al juego. ¡Jaque al rey!

OBISPO.—Todavía hay recursos.

ADELAIDA.—No os durarán mucho tiempo. ¡Jaque al rey!

LIEBETRAUT.—No jugaría yo este juego si fuéase gran señor, y lo prohibiría en mi corte y en todo el país.

ADELAIDA.—Seguramente es piedra de toque para la inteligencia.

LIEBETRAUT.—¡No es por eso! Preferiría, turbado en lo más profundo del sueño, oír el sonido de la campana mortuoria y el chillido de los pájaros de mal agüero, y el ladrido del gruñón mastín de la conciencia, que en boca de corredores, de saltarines danzantes y otras bestias el eterno: ¡Jaque al rey!

OBISPO.—¿A quién se le ocurrirían estas cosas?

LIEBETRAUT.—A uno, pongo por caso, débil de carácter y fuerte de conciencia, cosas que las más de las veces se encuentran juntas. Llámánle juego real y dicen que fué inventado para un rey, el cual recompensó al inventor con un mar de riquezas. Si esto es verdad, pareceme estar viendo á ese rey, menor de edad ó de entendimiento, bajo la tutela de su madre ó de su mujer; de naciente barba, y unos mechones amarillos en

(1) Estribillo usado en baladas antiguas.

las sienes, flexible como el tallo de un mimbre, gustándole jugar á las damas y con las damas, no por afición, ¡Dios nos guarde! sino por pasatiempo. Su ayo, demasiado activo para sabio, demasiado intratable para hombre de mundo, inventó el juego *in usum Delphini*, que tan á propósito era para su Majestad, etc.

ADELAIDA.—¡Mate.....! Liebetraut, deberíais llenar las lagunas de nuestras crónicas. (Se levantan.)

LIEBETRAUT.—Las faltas de nuestra genealogía sería más provechoso. Desde que los méritos de nuestros antepasados sirven para el mismo uso que sus retratos, es decir, para los huecos de nuestras paredes y de nuestros caracteres, el oficio sería provechoso.

OBISPO.—¿Decíais que no quiere venir?

ADELAIDA.—No penséis ya en eso. Os lo ruego.

OBISPO.—¿Qué significará su negativa?

LIEBETRAUT.—¿Qué? Las causas se engarzan como cuentas de rosario. Ha caído en una especie de contrición, de la cual yo le curaría fácilmente.

OBISPO.—Hacedlo. Id en su busca.

LIEBETRAUT.—¿Mis poderes?

OBISPO.—Ilimitados. No perdones nada con tal de traérmelo.

LIEBETRAUT.—¿Puedo mezclaros también en el asunto, señora?

ADELAIDA.—Con discreción.

LIEBETRAUT.—Ese es un permiso muy vago, muy indeterminado.

ADELAIDA.—¿Me conocéis tan poco ó sois tan joven

que no sepáis en que tono debéis hablar de mí con Weislingen?

LIEBETRAUT.—En el tono de los reclamos de codornices, se me figura.

ADELAIDA.—¡Jamás seréis sensato!

LIEBETRAUT.—¿Acaso se llega á serlo, señora?

OBISPO.—¡Id! ¡id! ¡Coged el mejor caballo de mis caballerizas, elegid hombres, y traédmelo!

LIEBETRAUT.—Si no lo traigo por arte de magia, diré que cualquiera vieja que quita las verrugas y las pecas entiende más de simpatía que yo.

OBISPO.—¡Y de qué servirá! Berlichingen ha sabido cogerle; si viene querrá volverse á marchar.

LIEBETRAUT.—La cuestión no consiste en que quiera, sino en que pueda. ¡El apretón de manos de un príncipe y la sonrisa de una mujer hermosa! De esos lazos no hay Weislingen que se desate. Voyme en seguida y me recomiendo á vuestra gracia.

OBISPO.—¡Buen viaje!

ADELAIDA.—Adiós. (Se va Liebetraut.)

OBISPO.—Una vez que él esté aquí, confío en vos.

ADELAIDA.—¿Quereis que os sirva de anuelo?

OBISPO.—¡No por cierto!

ADELAIDA.—¿De reclamo de pájaros entonces?

OBISPO.—No; eso lo hace Liebetraut. Por favor, no me neguéis lo que nadie más que vos puede proporcionarme.

ADELAIDA.—Veremos.

Jaxthausen.

JUAN DE SELBITZ. GOETZ.

SELBITZ.—Todo el mundo os aplaudirá por haber declarado la guerra á los de Nuremberg.

GOETZ.—Me desesperaba tardar en ajustarles las cuentas. Es cosa averiguada que fueron ellos quienes entregaron mi vasallo á los de Bamberg. ¡Se han de acordar de mí!

SELBITZ.—Tienen añejos rencores contra vos.

GOETZ.—Y yo contra ellos. Me agrada mucho que hayan comenzado.

SELBITZ.—Las ciudades imperiales y los clérigos, en todo tiempo se han aliado.

GOETZ.—Sus motivos tienen.

SELBITZ.—Necesitamos pegar duro.

GOETZ.—Contaba con vos. ¡Plugiuese al cielo que el Burgomaestre de Nuremberg, con su cadena de oro al cuello, cayese en nuestras redes! Con toda su agudeza, habíase de pasmar.

SELBITZ.—Oí que Weislingen vuelve á ser de nuestro partido. ¡Saldrá á reunirse con nosotros?

GOETZ.—Todavía no. Hay motivos para que no se atreva á prestarnos abiertamente ayuda; sin embargo, es suficiente que no esté en contra. El cura es sin él lo que la casulla sin el cura.

SELBITZ.—¿Cuándo salimos?

GOETZ.—Mañana ó pasado. Volverán pronto de la fe-

ria de Francfort mercaderes de Bamberg y Nuremberg. Haremos buena presa.

SELBITZ.—¡Quiéralo Dios! (Vanse.)

Bamberg.—Cámara de Adelaida.

ADELAIDA. CAMARERA.

ADELAIDA.—¿Que está aquí dices? Me cuesta trabajo creerlo.

CAMARERA.—Si no lo hubiese visto yo misma, diría: lo dudo.

ADELAIDA.—Bien puede el Obispo engarzar en oro á Liebetraut; ha llevado á cabo una obra maestra.

CAMARERA.—Yo lo vi cuando iba á entrar por la puerta del castillo; venía en un caballo blanco que se asustó al llegar al puente, y no quería moverse del sitio. Por todas las calles salía corriendo el pueblo á verle. Alegrábanse de la indocilidad del animal. Todo el mundo lo saludaba y él daba gracias á todos. Sereno y tranquilo manteníase sobre su caballo, al cual obligó al fin, con caricias y amenazas, á pasar la puerta, acompañado de Liebetraut y algunos escuderos.

ADELAIDA.—¿Te gusta?

CAMARERA.—Como pocos hombres me han gustado. Se parece al Emperador (Señalando el retrato de Maximiliano.) cual si fuera su hijo: sólo tiene la nariz algo más pequeña. Los mismos agradables ojos garzos, los mismos cabellos rubios, bien plantado como un figurín;

CAPILLA  
UNIVERSIDAD DE TORREVALENCIA

en su fisonomía una expresión de tristeza; un no se qué... que me encanta.

ADELAIDA.—Estoy impaciente por verle.

CAMARERA.—Sería un buen marido para vos.

ADELAIDA.—Loca.

CAMARERA.—Los niños y los locos...

LIEBETRAUT entra.

LIEBETRAUT.—Y bien, Señora, ¿qué merezco?

ADELAIDA.—Cuernos de vuestra mujer; pues á juzgar por esto, habréis apartado de sus deberes, con vuestra charla, á la honrada esposa de más de un vecino.

LIEBETRAUT.—No, señora. Que la he vuelto á su deber, habréis querido decir; porque si eso hizo, mi charla fué sobre la cama de su marido.

ADELAIDA.—¿Qué hicisteis para traerlo?

LIEBETRAUT.—¡Demasiado sabéis cómo se cogen las becasas! ¡He de enseñaros además mis trampas? Primeramente me presenté como si nada supiese ni comprendiese de su conducta, y así le dejé la desventaja de contarme toda la historia. Esta la tomé desde un punto de vista completamente distinto: no podía *ver* como él, ni convenir con él, etc. Después hablé de Bamberg mil cosas, mezclado lo grande con lo chico; desperté ciertos recuerdos antiguos, y cuando tenía ya su imaginación preocupada, pude atar una porción de hilos que hallé rotos. No sabía lo que le pasaba; sentía nuevos impulsos de volver á Bamberg, y quería... sin querer. Penetrando en sí mismo, trataba el hombre de

aclearar sus deseos; pero, demasiado preocupado para estar sobre aviso, no advirtió que le echaba al cuello una cuerda formada por tres poderosos cabos: el favor de las mujeres, el favor de los príncipes y la adulación; con ella lo he arrastrado hasta aquí.

ADELAIDA.—¿Qué le dijisteis de mi?

LIEBETRAUT.—La pura verdad. Que teniais dificultades por causa de vuestros bienes y esperabais, gracias á su grande influencia con el Emperador, fácil arreglo del asunto.

ADELAIDA.—Bien.

LIEBETRAUT.—El Obispo os lo traerá.

ADELAIDA.—Les aguardo (véase Liebetraut) en una disposición de ánimo como á pocas visitas he aguardado.

El bosque de Spessart

GOETZ, SELBITZ, JORGE en traje de hombre de armas.

GOETZ.—¡No le has encontrado, Jorge!

JORGE.—Había salido la víspera para Bamberg con Liebetraut y dos escuderos.

GOETZ.—No veo á donde irá á parar esto.

SELBITZ.—Yo sí. Vuestra reconciliación fué demasiado pronta para ser duradera. Ese Liebetraut es un pillo astuto, y Weislingen se ha dejado engañar por él.

GOETZ.—¿Crees que violará nuestra alianza?

CAPILLA  
UNIVERSITATIS  
SALUBRIS

SELBITZ.—El primer paso está dado.

GOETZ.—No lo creo. Acaso necesitaba ir á la corte. Débenle todavía dineros. Más vale esperar que sucederá lo mejor.

SELBITZ.—¡Quiera Dios que él lo merezca y obre bien!

GOETZ.—Se me ocurre un ardid. Pongamos á Jorge el traje del ginete de Bamberg que hemos cogido, y démosle un salvo conducto; irá á Bamberg y verá lo que pasa.

JORGE.—Es lo que deseaba hace tiempo.

GOETZ.—Y es tu primera empresa. Sé precavido, muchacho. Me sería doloroso que te sucediese alguna desgracia.

JORGE.—¡Descuidad! No me desconcierto aunque viese hormiguar un ejército á mi alrededor; haríame cuenta que eran ratones.

—————  
Bamberg.

OBISPO. WEISLINGEN.

OBISPO.—¡No quieres quedarte más tiempo!

WEISLINGEN.—No me pediréis que rompa mi juramento.

OBISPO.—Hubiera podido pedir que no lo prestases. ¿Qué idea te guió? ¿No podía yo librarte? ¿Valgo tan poco en la corte imperial?

WEISLINGEN.—Ya está hecho: perdonadme si podéis.

OBISPO.—No comprendo, en absoluto, lo que te obligó á dar este paso. ¡Dejarme! ¿No podían haberse estipulado para tu libertad otras cien cosas? ¿No tenemos á su vasallo? ¿No hubiera yo dado dineros bastantes para apaciguarlo? Vuestros proyectos contra él y sus compañeros irían adelante ¡Ah! olvido que estoy hablando con su amigo, que ahora trabaja en contra mía y puede fácilmente destruir el efecto de las minas que él mismo horadó.

WEISLINGEN.—¡Monseñor!

OBISPO.—Y á pesar de todo; ¡al volverte á ver, al oír tu voz!... ¡No es posible, no es posible!

WEISLINGEN.—¡Adios Monseñor!

OBISPO.—¡Te doy mi bendición! Otras veces al marcharte te decía: «Hasta la vista.» Ahora, ¡pluguiese á Dios que no nos volviésemos á ver!

WEISLINGEN.—Las cosas pueden cambiar mucho.

OBISPO.—Desgraciadamente ya cambiaron bastante. Tal vez volveré á verte como enemigo delante de mis murallas, asolando los campos que te deben ahora su floreciente estado.

WEISLINGEN.—¡Oh! No, Monseñor.

OBISPO.—No puedes decir, no. Todos los estados seculares de mis vecinos tienen un diente que desean clavarme. ¡Mientras te tuve!... Vete, Weislingen. Nada más tengo que decirte; has destruído una grande obra.

WEISLINGEN.—No sé que responder. (Váase el Obispo.)

CAPILLA  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

FRANZ entrando.

FRANZ.—Adelaida os espera: no está buena; no quiere que os marchéis sin despedirse de vos.

WEISLINGEN.—Ven.

FRANZ.—¿Es verdad que nos vamos?

WEISLINGEN.—Esta noche.

FRANZ.—¡Parece que me voy del mundo!

WEISLINGEN.—A mí lo mismo, y además, sin saber adonde.

Cámara de Adelaida

ADELAIDA y DAMA de compañía.

DAMA.—Estáis pálida, señora.

ADELAIDA.—No le amo, y sin embargo, quisiera que se quedase. Mira; podría vivir con él, aunque no le querría para marido.

DAMA.—¿Creéis que se va?

ADELAIDA.—Está despidiéndose del Obispo.

DAMA.—Después tendrá que sostener un combate difícilísimo.

ADELAIDA.—¿Qué quieres decir?

DAMA.—Lo que ha de ser, señora. Cogisteis su corazón como en anzuelo, y si quiere desprenderse se hará sangre.

ADELAIDA, WEISLINGEN.

WEISLINGEN.—¿No estáis bien, Señora?

ADELAIDA.—Debe seros indiferente. ¡Nos dejáis! ¡Nos

dejáis para siempre! ¿Qué os importa si vivo ó muero?

WEISLINGEN.—¡No me conocéis!

ADELAIDA.—Os tomo como vos os presentáis.

WEISLINGEN.—Las apariencias engañan.

ADELAIDA.—¿Sois entonces como el camaleón?

WEISLINGEN.—¡Si pudieris ver mi corazón!

ADELAIDA.—Veríamos muy bellas cosas.

WEISLINGEN.—Así es la verdad, porque en él encontraríais vuestra imagen.

ADELAIDA.—En algún rincón, con los retratos de los muertos de la familia. Pensad, Weislingen, que habláis conmigo. Los fingimientos valen, á lo sumo, cuando son careta de nuestras acciones. Una máscara conocida hace muy triste papel. No ocultáis vuestras acciones y habláis en contra de ellas. ¿Por quién se os debe tomar?

WEISLINGEN.—Por lo que queráis: estoy tan atormentado con lo que soy, que poco cuidado me da aquello por que me tomen.

ADELAIDA.—¿Venís á despediros?

WEISLINGEN.—Permitidme besar vuestra mano y os diré adiós. No pensaba en ello... me lo recordáis... Os estoy importunando, señora.

ADELAIDA.—No tal; no me habéis entendido. Trato de ayudaros, puesto que partir es lo que deseáis.

WEISLINGEN.—¡Oh! Decid que debo hacerlo. ¡Si no me obligara el deber de caballero, una sagrada promesa!...

ADELAIDA.—Id y contádselo á las jóvenes que leen el Tomo II.

CAPILLA  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

*Tenderdank* (1) y que desean marido de ese carácter. ¡Deber de caballero! ¡Niñerías!

WEISLINGEN.—No lo creéis así.

ADELAIDA.—¡Por vida mía que estáis fingiendo! ¿Qué habéis prometido y á quién? Comprometer vuestra palabra á un hombre que desconoce sus deberes con el emperador y el imperio; comprometerla cuando precisamente, prendiéndoo, incurre en la pena de proscripción. Comprometer vuestra palabra, que no puede ser más valedera en este caso que lo es un juramento injusto y forzado. ¿No nos desligan nuestras leyes de tales juramentos? Contad eso también á los niños que creen en el Rubezahl (2). Otras cosas ocultas. ¡Hacerme enemigo del imperio, enemigo de la tranquilidad y de la paz pública, enemigo del emperador! ¡Cómplice de un bandido, tú, Weislingen, con tu alma delicada!

WEISLINGEN.—¡Si le conocierais!

ADELAIDA.—Quiero hacerle justicia; tiene el alma grande, indomable. Precisamente por eso te compadezco, Weislingen. ¡Anda é imagínate su compañero! ¡Anda y déjate dominar! Eres amable, complaciente.

WEISLINGEN.—Él lo es también.

ADELAIDA.—Pero tú cedés y él no. Te arrastrará insensiblemente, llegarás á ser el esclavo de un noble;

(1) Así se llama el héroe de un poema muy popular entonces, héroe que realiza muchas aventuras para obtener la mano de una princesa.

(2) El espíritu de los montes de gigantes.

tú, que podías haber sido señor de príncipes. Pero no es caritativo disgustarte de tu futuro estado.

WEISLINGEN.—¡Si hubieras visto que bondadosa acogida me hizo!

ADELAIDA.—¡Bondadosa! ¿Y se lo agradeces? Era su deber. ¿Qué perdieras tú de haber sido él lo contrario? Por mi parte lo prefiriera. ¡Un insolente como él!

WEISLINGEN.—Hablais de vuestro enemigo.

ADELAIDA.—Hablo por vuestra libertad. Y después de todo, no sé por qué me tomo interés. ¡Id con Dios!

WEISLINGEN.—Concededme un momento. (Le toma una mano y queda silencioso.)

ADELAIDA.—¿Tenéis algo más que decir?

WEISLINGEN.—¡Debo marcharme!

ADELAIDA.—Pues idos.

WEISLINGEN.—¡Señora!... No puedo.

ADELAIDA.—¡Poded!

WEISLINGEN.—¿Es esta vuestra última mirada?

ADELAIDA.—Idos, estoy enferma, y por cierto inopertunamente.

WEISLINGEN.—¡No me miréis así!

ADELAIDA.—¿Quieres ser enemigo nuestro y aun pretendes que te sonrían? ¡Vete!

WEISLINGEN.—¡Adelaida!

ADELAIDA.—¡Os aborrezco!

Entra FRANZ.

FRANZ.—Señor, el Obispo manda llamaros.

ADELAIDA.—¡Id! ¡Id!

CAPILLA  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

FRANZ.—Os ruega que os apresuréis.

ADELAIDA.—¡Id! ¡Id!

WEISLINGEN.—No me despido de vos; volveré á veros. (Vase.)

ADELAIDA.—¿Volverá á verme? No lo permitiremos, Margarita; si viene, negale la entrada. Si todavía es posible ganarle, ha de ser por este camino. (Vase.)

Antecámara.

WEISLINGEN. FRANZ.

WEISLINGEN.—¡No quiere verme!

FRANZ.—La noche se viene encima. ¿Ensillo los caballos?

WEISLINGEN.—¡No quiere verme!

FRANZ.—¿Cuándo desea el señor los caballos?

WEISLINGEN.—Es demasiado tarde, nos quedamos.

FRANZ.—¡Dios sea loado! (Se va.)

WEISLINGEN.—¡Te quedas! ¡Quédate sobre aviso, la tentación es grande! ¡Mi caballo se plantó al ir á cruzar la puerta del castillo; mi buen genio poníasele delante conociendo el peligro que aquí me aguardaba! Con todo, no está bien que le deje al Obispo infinitos asuntos sin ordenarlos siquiera, á fin de que mi sucesor los tome donde yo los dejo. Esto puedo hacerlo muy bien sin perjuicio de Berlichingen ni de nuestra alianza. Porque aquí no me han de detener. Sin embargo, mejor

sería no haber venido. ¡Pero... me marcharé mañana... ó pasado! (Vase.)

Bosque de Spessart.

GOETZ. SELBITZ. JORGE.

SELBITZ.—Ya lo veis, sucedió como yo había dicho.

GOETZ.—¡No! ¡No! ¡No!

JORGE.—Creedlo, os cuento la verdad. Hice lo que me ordenasteis, tomé la ropilla del de Bamberg y su salvo conducto, y á fin de procurarme comida y bebida, escolté paisanos de Reinech hacia las alturas de Bamberg.

SELBITZ.—Podías haberlo pasado mal con el disfraz.

JORGE.—Eso lo pensé después; un soldado que piensa tales cosas antes, no hará carrera. Llegué á Bamberg, y ya en la posada, oí hablar. Weislingen y el Obispo se habían reconciliado y se hablaba mucho de un casamiento con la viuda del señor de Walldorf.

GOETZ.—Habladurías.

JORGE.—Le ví cuando la acompañaba á la mesa. ¡Es hermosa, por mi vida! es hermosa. Todos nos inclinamos y á todos nos devolvió el saludo. Él inclinó ligeramente la cabeza. Parecía muy complacida. Pasaron, y la gente murmuraba: ¡Hermosa pareja!

GOETZ.—¡Será posible!

JORGE.—Oíd mas. Al ir él á misa al día siguiente andaba yo husmeando por allí. Iba solo con un paje. Paréme al pie de la escalera y le dije en voz baja: «Dos pa-



labras de parte de vuestro amigo Berlichingen.» Se turbó: ví en su rostro el remordimiento de su culpa. Apenas tuvo valor para mirarme; á mí, un mal aprendiz de caballero.

SELBITZ.—Eso prueba que su conciencia era peor que tu estado.

JORGE.—¿Eres de Bamberg?—me dijo.—Vengo á saludaros de parte del caballero Berlichingen—dije—, y necesito preguntaros... «Ven á mi cuarto mañana temprano, contestó, y hablaremos».

GOETZ.—¿Y fuiste?

JORGE.—Ya lo creo, y tuve que esperar en la antecámara mucho, mucho tiempo. Los pajes, vestidos de seda, mirábanme por todos lados con desprecio. Yo decía para mis adentros: «miradme bien». Por último, me hicieron entrar. Estaba al parecer enojado, lo cual me era indiferente. Acerquéme y le expuse mi comisión. Pareció entonces que se enfadaba, como quien no tiene valor y no quiere dejarlo ver. Admiróse de que le pidierais cuentas por conducto de un novato como yo. Esto me incomodó. Díjele que sólo había dos clases de hombres, los honrados y los bribones, y que yo servía á Goetz de Berlichingen. Entonces empleó muchos circunloquios que todos venían á parar á esto: Que le habíais sorprendido, que no os debía ningún favor, y que no quería nada con vos.

GOETZ.—¿Oíste eso de su boca?

JORGE.—Eso y más: me amenazó.

GOETZ.—¡Basta! ¡Uno más que se ha perdido! ¡Leal-

tad, confianza, otra vez me habéis engañado! ¡Pobre María! ¡Cómo te lo voy á decir!

SELBITZ.—Mejor querría perder mi otra pierna que ser un pillo como ese. (Vanse.)

Bamberg.

ADELAIDA. WEISLINGEN.

ADELAIDA.—El tiempo principia á hacerse insoportablemente largo; no puedo hablar y me avergüenzo de fingir con vos. ¡Aburrimento, eres peor que la fiebre lenta!

WEISLINGEN.—¿Estais ya cansada de mí?

ADELAIDA.—No tanto de vos como de vuestro trato. Quisiera que estuvieseis donde queríais ir y no haberos detenido.

WEISLINGEN.—¡Hé aquí el cariño de las mujeres! Con maternal amor incuban vuestras más queridas esperanzas; después, como gallina inconstante, dejan el nido, entregando á la muerte y á la podredumbre su posteridad próxima á nacer.

ADELAIDA.—¡Injuríad á las mujeres! El jugador inconsiderado destroza y pisotea las cartas que inocentemente le hacen perder. Pero permitidme contaros algo de los hombres. ¿Quién sois vosotros para hablar de inconstancia, vosotros que raras veces sois lo que queríais ser y nunca lo que deberíais ser? Reyes en el es-

CAPILLA  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

plendor de los festejos; envidiados por el vulgo. ¡Cuánto daría la mujer de un sastre por tener alrededor de su cuello una sarta de perlas de las del borde de vuestro manto, que despiden con desden vuestros talones!

WEISLINGEN.—¡Acerba estáis!

ADELAIDA.—Es la antiestrofa de vuestro canto. Cuando no os conocía, Weislingen, sucedíame como á la mujer del sastre. La fama de las cien trompetas, sea dicho sin metáfora, había pregonado vuestros méritos de tal modo, que me dejé persuadir por el deseo de ver ante mis ojos aquella quintaesencia del sexo masculino; el fénix Weislingen. ¡Cumpliósse mi deseo!

WEISLINGEN.—Y el fénix resulta ser pura y sencillamente un gallo doméstico.

ADELAIDA.—No, Weislingen. Confieso que me interesáis.

WEISLINGEN.—Pues parecía...

ADELAIDA.—Y era la verdad; realmente, superabáis á vuestra fama. El vulgo no aprecia sino el resplendor del mérito. Pero me sucede que no puedo juzgar con imparcialidad á las personas que quiero bien, y después de vivir algún tiempo juntos, me faltaba algo y no sabía lo que os faltaba á vos. Por fin se abrieron mis ojos. En lugar del hombre activo que imprime vida á los negocios de un principado, sin olvidar al mismo tiempo su persona ni su fama; que con mil grandes empresas, como por sobrepuestas montañas se encumbra á las nubes, vi un hombre quejumbroso como un poeta, enfermo, melancólico como una muchacha ena-

morada y más perezoso que un solterón. Al principio lo achaqué á vuestro infortunio, reciente todavía, y os disculpé lo mejor que pude. Ahora, que cada día parece que váis de mal en peor, tenéis que perdonarme si os retiro mi favor; lo poseéis sin derecho. Habíase lo concedido por toda la vida á otro que no puede transmitirlo.

WEISLINGEN.—¿Es decir que me dejáis?

ADELAIDA.—No para que perdáis toda esperanza. La soledad en estas circunstancias es peligrosa. ¡Pobre hombre! Estáis tan triste como aquel á quien su primera novia le ha sido infiel, y por eso no os abandono. Dadme la mano, y perdonadme lo que sólo por cariño os he dicho.

WEISLINGEN.—¡Si me amáseis, si pudéiseis otorgar á mi ardiente pasión una gota siquiera de consuelo! Adelaida; tus censuras son injustísimas. Si fuese posible hacerte sentir la centésima parte de lo que por mí pasa desde hace algún tiempo, no me atormentarías con esa continua frialdad y ese desprecio. ¡Te sonríes! El reconciliarme conmigo mismo, después de paso tan precipitado, costóme más de un día. El trabajar contra un hombre cuyo recuerdo despertó en mí tan vivos afectos...

ADELAIDA.—¡Hombre extraordinario, que puedes amar al mismo á quien envidias! Es como si yo enviase víveres á mi enemigo.

WEISLINGEN.—Bien sé que no hay tiempo que perder. Él sabe ya que vuelvo á ser Weislingen y elegirá el momento de tomarnos ventaja. Pero, Adelaida, no somos

CAPILLA  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

tan negligentes como crees. Nuestros jinetes han sido reforzados y están alerta; continúan nuestras negociaciones y esperamos fundadamente que en la Dieta de Augsburgo llegarán á sazón nuestros proyectos.

ADELAIDA.—¿Iréis?

WEISLINGEN.—¡Si pudiese llevar alguna esperanza!  
(Le besa la mano.)

ADELAIDA.—¡Oh, descreídos! ¡Siempre necesitáis prendas y milagros! ¡Ve, Weislingen, y termina la obra! Los intereses del Obispo, los tuyos y los míos están tan enlazados, que aunque sólo fuera por la política...

WEISLINGEN.—¿Te chanceas quizás?

ADELAIDA.—No me chanceo. Retiene mis bienes ese orgulloso duque; los tuyos no los dejará Goetz mucho tiempo en paz, y si no permanecemos unidos como nuestros enemigos y no inclinamos al emperador de nuestro lado, estamos perdidos.

WEISLINGEN.—No tengo miedo. La mayoría de los príncipes opinan como nosotros. El emperador pide auxilio contra los turcos, y en cambio, justo es que nos sostenga también y dé ayuda. ¡Qué placer será para mí rescatar tus bienes del soberbio enemigo, humillar las alborotadas cabezas de Suabia, restablecer la paz del Obispado y de todos nosotros! ¡Después!...

ADELAIDA.—Los días van uno después de otro, y el porvenir está en manos del destino.

WEISLINGEN.—Pero es preciso querer.

ADELAIDA.—Pues bien, ya queremos.

WEISLINGEN.—¿De veras?

ADELAIDA.—Vamos, sí; pero marchad.

WEISLINGEN.—¡Hechicera!

Hostería. Boda de Paisanos, música y baile fuera.

EL PADRE DE LA NOVIA. GOETZ. SELBITZ en la mesa.  
EL NOVIO acercándose.

GOETZ.—Lo más prudente ha sido terminar vuestras discordias en la alegría de una boda.

PADRE DE LA NOVIA.—¡Mejor de lo que yo hubiera soñado! En paz y tranquilidad con mi vecino, y además mi hija bien establecida.

NOVIO.—Y yo en posesión de la finca disputada, y además la chica más bonita de todo el lugar. ¡Ojalá os hubieseis decidido antes!

SELBITZ.—¿Cuánto tiempo habéis pleiteado?

PADRE DE LA NOVIA.—Unos ocho años. Preferiría estar con fiebre doble tiempo á volver á empezar. ¡Es una excitación horrible hasta que se les arranca del cuerpo una sentencia á los pelucas! Y después ¿que se consigue? ¡Lleve el diablo al asesor Sapupi! ¡Condenado italiano de capa negra!

NOVIO.—¡Buena pieza está! Yo fui á verle dos veces.

PADRE DE LA NOVIA.—Yo tres; y vean vuestras mercedes, señores. Por fin obtuvimos una sentencia según la cual tanto derecho tengo yo como él y él tanto como

CAPILLA  
UNIVERSIDAD

yo. Quedámonos con la boca abierta, hasta que Dios nuestro Señor me inspiró la idea de darle mi hija y además la cosa litigada.

GOETZ.—¡A la buena armonía futura! (Bebiendo.)

PADRE DE LA NOVIA.—Dios lo haga; pero suceda lo que quiera, jamás volveré á pleitear. ¡El dinero que cuesta! Por cada reverencia que os hace un procurador tenéis que pagarle.

SELBITZ.—¿No hay anualmente inspecciones de la justicia imperial?

PADRE DE LA NOVIA.—No me he dado cuenta; lo que sé es que se me fueron de entre los dedos muchos escudos. ¡Es inaudito lo que hay que desembolsar!

GOETZ.—¿De veras?

PADRE DE LA NOVIA.—¡Ay! Todos tienden la mano. Sólo el asesor ¡Dios le perdone! me ha llevado diez y ocho florines de oro.

NOVIO.—¿Quién?

PADRE DE LA NOVIA.—¡Quién había de ser sino ese Sapupi!

GOETZ.—Es escandaloso.

PADRE DE LA NOVIA.—Debía pagarle veinte. Cuando se los hube contado en la gran sala de su casa de recreo, que es suntuosa, por poco se me parte el corazón de dolor. Porque ya véis; tener uno casa y corral, puede ser; pero el dinero contante ¿de dónde se saca? Allí me quedé parado. ¡Dios sabe cómo estaba! No tenía una triste moneda de cobre para el viaje de vuelta. Por fin, arméme de valor y se lo dije. Cuando vió que el

alma se me iba en lágrimas, devolvíome dos florines y me despidió.

NOVIO.—¡No es posible! ¿Sapupi?

PADRE DE LA NOVIA.—¿De qué te admiras? ¡Él y no otro!

NOVIO.—Llévele el diablo; también á mí me cogió quince escudos de oro.

PADRE DE LA NOVIA.—¡Condenado!

SELBITZ.—¡Goetz! ¡Y nosotros somos ladrones!

PADRE DE LA NOVIA.—Por eso salió la sentencia tan bizca. ¡Perro!

GOETZ.—No debéis dejar eso impune.

PADRE DE LA NOVIA.—¿Qué hemos de hacer?

GOETZ.—Id á Spira; precisamente es tiempo de inspección. Declarad eso, harán una información y se os devolverá vuestro dinero.

NOVIO.—¿Crees que conseguiremos algo?

GOETZ.—Si yo pudiese atraparle, os lo prometería.

SELBITZ.—La suma bien merece hacer la prueba.

GOETZ.—Salidas hice yo por la cuarta parte.

PADRE DE LA NOVIA.—¿Qué te parece?

NOVIO.—Probemos, y salga lo que salga.

JORGE llega.

JORGE.—Los de Nuremberg están en camino.

GOETZ.—¿Por dónde?

JORGE.—Cabalgando sin ruido los cogemos en el bosque entre Beerheim y Mülbach.

SELBITZ.—¡Magnífico!

GOETZ.—Vamos, hijos. (Al suegro y al yerno.) Que Dios os guarde, amigos, y nos ayude á todos.

PAISANO.—¡Muchas gracias! ¿No queréis quedaros á cenar?

GOETZ.—No podemos; adiós.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Año. 1625 MONTERREY, MEXICO

## ACTO TERCERO

Augsburgo.—Jardín.

Dos MERCADERES de Nuremberg.

PRIMER MERCADER.—Quedémonos aquí para ver pasar al Emperador. Precisamente viene por la alameda grande.

SEGUNDO MERCADER.—¿Quién le acompaña?

PRIMER MERCADER.—Adelberto de Weislingen.

SEGUNDO MERCADER.—¿Amigo de Bamberg? ¡Esto es bueno!

PRIMER MERCADER.—Nos arrojaremos á sus pies y hablaré yo.

SEGUNDO MERCADER.—¡Bien! Ya llegan.

EMPERADOR. WEISLINGEN.

PRIMER MERCADER.—Parece disgustado.

EMPERADOR.—Vengo descontento Weislingen, y cuando echo una mirada á mi pasada vida, estoy á punto de desesperarme. ¡Tantas empresas desgraciadas, tantas á